

PEQUEÑAS HISTORIAS

DEDICATORIA:

A mi querida madre, que siempre me contaba todas estas historias que recuerdo con tanto cariño.

CAPÍTULO 1. EL VESTIDO VERDE

La casa ya no era como antes. En todas partes quedaban restos de lo que hubo y ya no estaba, como sombras que recordaban un pasado cercano pero al mismo tiempo muy distante. Las paredes tenían todavía los clavos que sujetaban aquellos cuadros que, sin ser obras de arte, habían adornado las habitaciones de la vivienda durante generaciones. Los objetos de plata habían desaparecido y el lujo que se respiraba allí antiguamente había dado lugar a una humildad casi ofensiva.

Pero la familia seguía igual de orgullosa y altiva que antaño. Cuando las cosas les empezaron a ir mal en los negocios ninguno de ellos pensó que llegarían a este punto. Hasta entonces habían sido una familia de rancio abolengo pero se vieron obligados a despedir al servicio y desprenderse de todo lo material a lo que estaban tan apegados. La necesidad obliga. Las joyas fue lo primero que malvendieron y después todo lo demás susceptible de que alguien lo comprara: muebles, libros, objetos de decoración, la tan querida colección de monedas del padre... Incluso la ropa, sombreros, calzado... Todo aquello que les permitiera llenar la despensa un día más.

Pero el orgullo no se vende y ellos decidieron mantenerlo bien alto a pesar de las circunstancias, como las personas dignas que habían sido siempre. Intentaron conservar sus amistades, aunque muchas de ellas los rechazaron cuando se enteraron de que eran pobres, y seguir codeándose con lo más granado de su encorsetada y decadente sociedad, en la que desgraciadamente valía más lo que aparentabas que lo que tenías y lo que tenías que lo que eras. Así que, cuando las amigas ricas de la hija adolescente iban a recogerla para salir a su paseo vespertino, la chica miraba dubitativa a su madre desde aquellas majestuosas escaleras de su por ahora casa (pronto también la perderían debido a las deudas) y le preguntaba con un mohín encantador: "Mamá, ¿qué vestido me pongo?". La madre la miraba sonriente y siempre le contestaba lo mismo: "Hija, de los 33 vestidos que tienes ponte el verde". Y ella subía apresuradamente las escaleras para ir a su dormitorio en el que, en una silla (ya ni siquiera tenía armario) reposaba tendido el único vestido en condiciones adecuadas para salir que tenía: el verde. Un vestido vaporoso y elegante, digno de una chica de la alta sociedad como había sido ella hasta entonces. Y bajaba orgullosa las escaleras, cual Scarlata O'Hara en Tara, mientras sus amigas murmuraban en voz baja y malintencionadamente que otra vez llevaba el mismo vestido.

Ella, si las escuchaba, respondía alegremente que se lo ponía a menudo porque era el que más le gustaba y el que mejor le sentaba. Después daba una vuelta sobre sí misma para que los volantes de su precioso vestido verde flotaran en el aire y, siempre sonriente, obsequiaba con un frugal beso en la mejilla a su madre que, cosa extraña, siempre le sabía a salado. Quizás porque su boca rozaba una disimulada lágrima.

MORAJEJA: En tiempos pasados y mejores, cuando aunque tuviera mucha ropa no sabía qué ponerme y le preguntaba a mi madre, ella siempre me decía que me pusiera el vestido verde y me contaba esta historia. Ahora, cuando mi hija me pregunta: "¿Mamá, qué me pongo?", también le respondo lo mismo recordándola: "De los 33 vestidos que tienes, ponte el verde".

Así que ya sabes, procura tener siempre uno en el armario para el día que no sepas qué ponerte y recuerda que a veces no valoramos lo mucho que tenemos hasta que lo perdemos.

CAPÍTULO 2. EL HIJO DE LA VIUDA

Llevaba ya varios años viuda cuando aquel buen hombre le propuso matrimonio. No era ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni torpe ni listo. Era un hombre muy normal. Serio, trabajador, honrado y formal. También viudo como ella pero con una gran carga familiar: tenía siete hijos. Esto era en gran medida lo que le había servido de impedimento para volver a casarse. Ninguna mujer en su sano juicio quería acarrear con la dificultosa carga de criar a siete vástagos que no eran propios. A ella ya le estaba siendo bastante difícil sacar adelante a su único hijo desde que su marido falleció, así que no podía ni imaginarse cómo sería lidiar con siete más. Cuantos más miembros tenía una familia más complicada era de llevar.

Pero, por otra parte, se le iban agotando las posibilidades. En aquella sociedad machista, conservadora, obsoleta y tradicional estaba mal visto que una mujer estuviera sola. Cada vez le era más difícil ganarse la vida honradamente y, además, los ahorros que tenía estaban menguando. También sabía que su

orgullo no le permitiría nunca recurrir a la caridad. Así que casarse de nuevo, aunque fuera con un hombre humilde, era lo único que le podía asegurar en aquellos momentos poder darle de comer a su hijo todos los días. Ella era cada vez más mayor, su belleza se ajaba y, para bien o para mal, no podía perder aquella oportunidad. Así que, más por propia conveniencia que por amor, decidió aceptar la proposición de matrimonio de aquel hombre.

Desde el principio fue difícil, y no por el nuevo marido que era un pedazo de pan, le entregaba todo el escaso sueldo que ganaba, la quería, la respetaba y se portaba muy bien con su hijo, sino por los hijastros. Siempre malévolos y perversos, intentando meter cizaña, engañarla, contradecirla, amargarla, manipularla,... Los siete criticaban todo lo que hacía e intentaban herirla con sus palabras y sacarla de quicio con sus travesuras. Nunca la obedecían en nada y siempre se peleaban por todo. Además, no les podía poner una mano encima ni regañarles demasiado porque el bueno de su marido nunca lo permitiría. Ella intentaba lidiar con los niños de la mejor manera posible, pero a veces le era muy dificultoso, sobre todo porque instintivamente siempre procuraba favorecer a su propio hijo. No lo podía evitar. Sabía que estaba mal pero era puro instinto maternal. Ante las demandas de los chicos, ella siempre intentaba disimuladamente darle lo mejor a su hijo, lo que le estaba acarreando bastantes problemas porque los demás eran pequeños, pero no tontos, por lo que se estaban percatando de la situación y, como venganza, trataban peor a su hermanastro.

Hasta que, cuando al marido le empezó a ir mal en el trabajo y el dinero empezó a escasear incluso para la comida, decidió cambiar de táctica. Durante varios días estuvo sin darle de comer a su propio hijo y a sus hijastros sí. Los

sentaba a todos a la mesa y, cada vez que repartía los platos a cada uno de ellos (menos a su hijo), comentaba: "¿Habéis visto que buena madrastra soy? Os doy a todos de comer menos a mi propio hijo". Y así lo hizo durante un corto tiempo, aunque a escondidas sí lo alimentara, hasta que un día dijo con sutileza: "¿No os da pena? Se va a morir de hambre. ¿Por qué no le dais cada uno una parte de vuestro plato para que mi pobre hijo coma?". Todos accedieron conmovidos y repartieron su plato con el hijo de la viuda, con lo cual éste salió muy beneficiado.

A partir de entonces diariamente se repetía la misma historia: la madrastra no le servía a su vástago y los siete hijastros le daban en cada comida una parte de su plato a su hermanastro, por lo que el hijo de la viuda era siempre el que más comía de todos. Pero, ironías de la vida, a partir de ese momento y a pesar de haberlos engañado tan hábilmente, aquella inteligente mujer fue admirada por los niños que empezaron a respetarla, quererla y considerarla una buena madrastra. Y ella sonreía satisfecha.

MORALEJA: Cuando se presente de sorpresa visita en tu casa y sólo tengas preparada la comida justa y debas repartir entre todos, acuérdate siempre del hijo de la viuda. Seguro que el inesperado invitado, el que no tenía nada al principio, es el más beneficiado en el reparto.

CAPÍTULO 3. EL SASTRE QUE MIDIÓ CORTO

Era una época en la que las personas mayores no recibían pensión económica alguna, ni existían ayudas sociales, ni asociaciones como Cáritas ni nada por el estilo. Los viejos (actualmente denominados gente de la tercera edad) vivían

gracias a sus hijos y, si no los tenían o carecían de medios económicos, debían seguir trabajando hasta su muerte o sobrevivir de la caridad de los demás.

En aquella transitada calle del centro de una gran ciudad, en la que los mendigos se sucedían por todas las esquinas con sus carteles pedigüeños en los que resumían sus penosas existencias, había uno que llamaba poderosamente la atención. Entre todos aquellos sucios pordioseros con sus tristes cartones en los que se leían frases lamentables como "Tengo hambre", destacaba un anciano, siempre limpio y dignamente vestido a pesar de su situación de pobreza. Portaba un cartel en el que estaba escrito con buena letra: "Por favor, denle limosna a este pobre sastre que midió corto".

Un hombre muy elegante pasaba a su lado todos los días y le daba una moneda porque le provocaba mucha curiosidad lo que decía esta frase. Mentalmente había intentado descifrar su significado, imaginar la historia que había detrás, pero no lo conseguía. Hasta que un día decidió preguntarle directamente al anciano sobre lo que quería decir su cartel y éste le contó amargamente:

"Yo era un gran sastre. Tenía una tienda de mucho éxito aquí, en esta calle, en el mismo centro. Los más selectos caballeros de la ciudad venían a que les confeccionara sus trajes a medida y había logrado, no sin esfuerzo, una gran reputación. Nunca me faltaron buenos clientes y, por lo tanto, sin llegar a una extremada riqueza, siempre me pude ganar la vida muy dignamente y tener unos buenos ahorros. Mi esposa y yo no pudimos tener hijos, así que no teníamos a quién dejar nuestro dinero e intentamos disfrutarlo lo máximo posible: una buena casa, algunos viajes, unas cuantas joyas... Sin derrochar y sin excesos intentamos disfrutar de la vida en la medida de nuestras

posibilidades. Y me alegro de haberlo hecho así porque mi esposa murió muy joven, Dios la tenga en su Gloria.

Cuando desgraciadamente enviudé tuve una gran depresión. Ella era lo mejor que tenía en la vida y la añoraba mucho. Me quedé muy solo y perdí la ilusión por todo, incluso por trabajar. Lo que hasta entonces había sido para mí un reto todos los días, por lo que tanto me había esforzado, había luchado y que consideraba el mejor trabajo del mundo, se volvió anodino y soso y ya no me hacía ilusión ni me aportaba nada nuevo. Mis clientes empezaron a notar mi apatía: ya no era tan agradable en el trato, los trajes no me salían tan perfectos como antaño en que parecían una segunda piel del caballero, tenía despistes imperdonables como coser una manga o una pierna más corta que otra... La mayoría de mis clientes de toda la vida eran condescendientes conmigo porque sabían de mi difícil situación personal. Pero yo no me perdonaba a mí mismo esta dejadez, lo que me estaba provocando todavía más angustia.

Así que, antes de perder a toda mi clientela y mi reputación, o morirme de un ataque de ansiedad, decidí cerrar el negocio. Hice mis cuentas y calculé que, con el dinero que tenía ahorrado y vendiendo las joyas, la tienda e incluso si fuera necesario mi casa, podría vivir el resto de lo que me quedaba de vida sin trabajar y sin problemas económicos. Así también descansaría un poco después de tanto tiempo trabajando tan duro hasta que, ojala más pronto que tarde, Dios dispusiera de mí y me reuniera con mi querida esposa.

Por estos motivos cerré mi sastrería y me dediqué simplemente a vivir. A pesar de que no gastaba mucho, los ahorros evidentemente iban disminuyendo día a día ya que no tenía ingresos y, además, el coste de la vida era cada vez más elevado y hubo una gran crisis financiera. Yo calculaba que, por mucho que

viviera, con lo que tenía guardado tendría suficiente para llevar una vida digna. Pero me equivoqué. Todo lo corta que fue la existencia de mi amada mujer está siendo de larga la mía. No sé por qué Dios me ha favorecido con una vida tan extensa que ha duplicado mis expectativas. Tengo 98 años y ya no me queda nada de mi dinero ni un techo donde cobijarme. Además ahora ya soy demasiado viejo para trabajar porque, aunque quisiera, no podría (no veo bien, me tiembla el pulso...). Sería incapaz de volver a confeccionar aquellos maravillosos trajes que recuerdo con tanta añoranza. Por suerte o por desgracia aquí sigo y no me queda más remedio que pedir limosna para sobrevivir. De ahí viene la frase de mi cartel. Realmente fui un sastre que midió corto lo más importante: el resto de la vida que me quedaba por vivir".

Después de escuchar aquella historia, el hombre abrazó al anciano y lo llevó a su casa para que le confeccionara un traje a medida.

MORALEJA: La vida ni se compra ni se vende. Nadie sabemos nuestro propio destino, así que no hagas planes a muy largo plazo porque nunca adivinaremos qué puede sucedernos. Cuando hables de una hipotética fecha de muerte, recuerda la historia del sastre que midió corto.

CAPÍTULO 4. EL MONO Y LA PALMATORIA

Eran otros tiempos, aquellos en los que los pequeños circos llegaban a los pueblos de provincia y esto constituía un verdadero acontecimiento para todos. Era aquella época en la que los pueblerinos no solían visitar la ciudad con frecuencia, en la que no se hacían visitas a zoológicos y la mayoría de los

niños, aunque estuvieran aselvajados, no habían visto nunca de verdad un león, un tigre o un elefante, salvo algunas imágenes en los libros o en el cine.

Y por fin el circo había llegado a su pueblo. El joven estaba ilusionado como un niño pequeño. A pesar de ser ya un zagalón y vestir pantalón largo los ojos se le iluminaban cada vez que veía el cartel del “mayor espectáculo del mundo”. Desde siempre le habían encantado los animales y el circo era la mejor oportunidad para verlos de cerca. Compró con premura la entrada (no fuera que se terminaran) para aquel viernes por la tarde, la primera función. Entró nervioso y con los ojos muy abiertos, expectante del espectáculo.

Al cabo de las dos horas de duración salió decepcionado. El simulacro de circo le había ofrecido unos números mediocres, algunos incluso lamentables. De todas formas era de esperar que a su pueblucho no llegara ningún espectáculo circense de calidad. Pero aquello había sido indignante. Los payasos no tenían gracia ninguna y la mayoría de los animales estaban delgados y espermáticos. Ni siquiera las fieras rugían con fuerza y los trapevistas podían ser sus abuelos. Así que abandonó aquel circo decepcionado. Para no encontrarse con todos los niños felices a la salida y notar todavía más su tristeza, se escabulló por un camino paralelo. Entonces oyó como unos gemidos, un llanto callado que poco a poco fue creciendo. Al principio creyó que eran los gritos de una mujer, o de un niño, pero al acercarse descubrió que era un mono el que chillaba cada vez más energicamente. Un trabajador del circo le estaba azotando con un látigo mientras de su boca salían insultos hacia el pobre mono, que se intentaba cubrir con torpeza de los latigazos y golpes que le venían por todos lados.

El chico no soportaba las injusticias, y menos las que tenían como víctimas a los animales, así que decidió intervenir a favor del mono indefenso. El domador

del circo le dijo que era “una bestia insufrible” y que, con tal de librarse de ella, estaba dispuesto a vendérsela por un precio justo. El pobre muchacho no tenía nada de dinero en ese momento pero le prometió que volvería al día siguiente con lo que pudiera conseguir para comprar al animal.

Reunió todos sus ahorros e incluso le pidió un poco de dinero a su madre sin desvelarle el motivo, no fuera a ser que le hiciera desistir de su empeño en la compra del mono. Y al amanecer siguiente, por si acaso el circo se iba antes de lo previsto, apareció en él y buscó al dueño del mono, que se lo entregó sin tan siquiera contar el dinero. Quizás si hubiera regateado algo incluso se lo hubiera regalado con tal de perderlo de vista. Aunque no sabía el motivo, tal era la animadversión que parecía que sentía hacia él.

A partir de ahí la vida del chico cambió. Llevó al mono a su casa, lo lavó, lo alimentó y lo cuidó hasta que se recuperó de sus heridas. Luego estuvo junto a él muchos años. Durante todo este tiempo fue su compañero inseparable, su amigo. Cuando el chico se hizo un hombre y tuvo que mudarse a un pueblo más grande para trabajar el mono le siguió. Siempre le estuvo agradecido por salvarlo de aquel circo y hacía todo lo que fuera necesario por satisfacer a su amo. Hubo siempre un gran vínculo entre ellos, algo difícil de explicar.

Sucedió un día que el hombre estaba leyendo antes de acostarse como hacía todas las noches mientras su fiel amigo el mono le sujetaba una vela. Inconscientemente se quedó dormido sin apagarla antes. El mono, al ver que la vela se consumía más de la cuenta y se estaba quemando, cogió una palmatoria de una estantería cercana y la colocó en ella.

Al cabo de un rato el hombre se despertó sobresaltado y observó la acción de su mono. Lo miró a los ojos y, por primera vez en todos aquellos años, se dio

cuenta de lo inteligente que era. Él sabía que era listo, aunque nunca sospechó que lo fuera tanto. Y esto le hizo recapacitar.

Tras analizar su comportamiento, sintió algo nuevo: tuvo miedo de él. Sí, por primera vez le tuvo miedo. Un miedo irracional e inexplicable. Y esa sensación fue más fuerte que el cariño y el afecto que también le procesaba. El hombre pensó que si alguna vez, sin querer, o intencionadamente porque los humanos somos así de especiales, le hacía daño al mono, ¿qué haría éste?, ¿sería capaz de coger un cuchillo mientras dormía y agredirle para defenderse, igual que había cogido la palmatoria para no quemarse?, ¿podría su mono ser agresivo si por ejemplo se pusiera celoso porque él se casara o tuviera hijos? Todas estas preguntas asaltaron de repente su mente y sembraron la duda en su corazón. Si los hombres, se supone que con total raciocinio, somos capaces de perderlo en determinadas situaciones, ¿por qué no a un mono, a un ser irracional pero al mismo tiempo inteligente, no le iba a suceder lo mismo?, ¿cómo tener la certeza absoluta de que no perdiera alguna vez el control y se volviera violento contra él? A fin de cuentas, por mucho que lo quisiera, era solamente un animal.

A partir de entonces se dio cuenta de que no se podía fiar del mono. Cada vez que lo miraba vislumbraba en él una inteligencia que, en vez de causarle respeto o admiración como antes, le provocaba una desagradable sensación de incomodidad, un inexplicable malestar interno difícil de entender pero imposible de disimular. Quizás fuera absurdo pero era lo que sentía.

Así que tomó una decisión. Cogió su viejo coche y su mono y viajó hasta la gran ciudad. Allí buscó un zoológico y entregó al que había sido su fiel compañero y amigo durante tantos años. No quería que volviera a tener la mala

vida de un circo pero tampoco quería seguir viviendo con él. Y con lágrimas en los ojos, el hombre se despidió de su querido animal que lo miraba con tristeza. El mono quizás nunca entendió el motivo de aquella despedida, pero el hombre sí. Un pequeño detalle, el de la palmatoria, le había hecho abrir los ojos.

MORALEJA: Los humanos somos por naturaleza los animales más desconfiados que existen. Así que desconfiemos siempre de quien es demasiado inteligente, puede que también lo sea para hacernos daño.

CAPÍTULO 5. EL VIEJO Y LA PIEDRA

Era una soleada mañana de domingo cuando el padre y el hijo paseaban por aquel parque. Al anciano cada vez le costaba más deambular y su hijo se estaba impacientando. Parecía un día normal pero no lo era. Aquel hijo estaba desesperado. No aguantaba más tanta presión en su casa. La falta de tiempo de todos, sus hijos y su esposa protestando continuamente por la presencia del abuelo, la dependencia física cada vez más evidente de éste...

Todos estos problemas se le iban acumulando y había llegado a un callejón sin salida. Por eso había tomado la decisión, influenciado en gran medida por su familia, de ingresar a su padre en una residencia para ancianos muy cercana a su vivienda. No se lo había querido decir al viejo para que no sufriera de antemano y porque se sentía tan culpable que no había encontrado la manera de comunicárselo sin hacerle daño.

Pero allí iban, de camino hacia ella. Pronto dejaron el parque y cogieron la carretera hacia la residencia. Era una larga carretera secundaria, con un asfalto lleno de hoyos y muy poco transitada. El sol pegaba fuerte y el calor de la

mañana estaba empezando a ser insoportable. Caminaban a una cierta distancia y ninguno de los dos hablaba. Entre ellos no había más que silencio.

En uno de los bordes del camino destacaba una gran piedra gris. Su forma era achatada y roma, muy desgastada, como si llevara allí toda una eternidad. Parecía como un asiento en mitad de aquella nada. El joven pasó de largo sin tan siquiera mirar la piedra pero el pobre anciano, en cuanto llegó con enorme dificultad a ella, se sentó resoplando a descansar un poco. El joven, nervioso y acalorado, le insistió enérgicamente para que se levantara y prosiguiera el camino pero el viejo le contestó con añoranza y voz temblorosa:

“¿Sabes una cosa hijo mío? Hace muchos años en esta misma piedra también se sentó mi padre a descansar cuando yo lo llevaba camino del asilo”.

El hijo se quedó por un momento sin respiración. De sus ojos empezaron a rodar lágrimas mientras miraba al viejo con amor. Su padre había sabido desde el primer momento sus intenciones y había callado, siguiéndole por el camino sin protestar, a paso apresurado, y él se sentía terriblemente avergonzado por ello pero, sobre todo, muy triste. Pensó que, igual que él estaba haciendo ahora con su padre y que anteriormente había hecho éste con el suyo, podría hacer su propio hijo con él. Y supuso que lo más probable era que no le gustaría. Así que reflexionó y tomó una decisión exclamando:

“Vamos papá, levántate. Nos vamos a casa. Aquí se rompe la tradición. No quiero ser yo el que se siente en esa misma piedra dentro de un tiempo cuando mi hijo me traiga de camino a la residencia. Perdóname”.

Y, enganchados del brazo y más unidos que nunca, los dos tomaron con calma el camino de vuelta a su hogar. Al hijo no le importaba lo que le dirían su mujer

y sus hijos cuando volviera a casa con el abuelo. Ya se las apañaría. Lo único que sabía es que nunca había visto tanta felicidad en los ojos de su padre.

MORALEJA: Hoy en día, que están tan en auge las residencias de ancianos, siempre recuerdo esta historia y pienso que a veces deberíamos meditar un poco al respecto.

CAPÍTULO 6. LA ORZA “PREÑÁ” (EMBARAZADA)

Hacía mucho tiempo que no lograba dormir bien. Por más cansado que estuviera y más deseoso de conciliar el sueño que se encontrara no había forma humana de que durmiera de seguido ni una sola vez.

Al pobre hombre todas las noches le despertaba el mismo sueño. Daba igual la hora que fuera, siempre se repetía la misma historia: él se veía cavando con una pala, de noche y en un jardín cercano a una edificación árabe con un arco muy hermoso en forma de herradura. Cuando llevaba un rato sudoroso y cavando, encontraba un pellejo de piel de animal lleno de monedas de oro. Y allí acababa su extraño sueño. Así una noche tras otra.

Todo no habría pasado de ser una simple anécdota si aquel hombre no se hubiera obsesionado con su recurrente sueño. Pero todos los días pensaba en él. Intentaba identificar el paraje en su pueblo y no lo encontraba. Guadix era grande pero había nacido en él y lo conocía perfectamente. En ningún sitio de allí ni en los alrededores se encontraba ese arco musulmán ni el bosque que él veía en su sueño. Aún así, cada vez pensaba más en localizarlo e intentar buscar el tesoro. Era un pensamiento repetitivo que no se quitaba de la cabeza.

Por otra parte también creía que era un iluso. El que nace pobre suele morir pobre y él no iba a ser la excepción. Era absurdo tan siquiera pensar que un pobre hombre de campo pudiera tener la suerte de encontrar tantas monedas de oro que le harían rico. “Nadie puede ser tan afortunado”, se repetía una y otra vez. “Y sobre todo yo, un simple pueblerino ignorante”. Pero entonces ¿por qué se le repetía el sueño una y otra vez?, ¿qué sentido tenía? Parecía una burla de su mente o una señal del destino.

No se lo había contado a nadie por dos motivos: primero para que no se rieran de él y segundo, por si cabía la improbable posibilidad de que su sueño fuera cierto, que nadie descubriera el tesoro antes que él. Así que día a día vivía con la duda de si aquel sueño repetitivo era profético o solo un invento de su subconsciente, lo que le estaba provocando un gran desasosiego.

Hasta que un día, de casualidad, vio en el mercadillo de su pueblo un puesto de libros. Nunca se había parado ante él (no sabía prácticamente leer), ni siquiera sabía si lo habían montado en otras ocasiones, pero vio una imagen en la portada de un libro que le llamó la atención: era un dibujo de la misma edificación musulmana que él veía en sus sueños. Según le dijo el vendedor el libro se llamaba “Cuentos de La Alhambra” y estaba escrito por un autor con nombre de ciudad, Washington no recordaba qué más. Pero eso no le importaba para nada. El caso es que aquel arco árabe estaba en La Alhambra, en la capital de su provincia, a sólo un día de camino con su burro desde el pueblo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Aunque alguna vez creyó que ese paisaje pudiera realmente existir, nunca pensó que se encontrara tan cerca. No compró el libro porque hubiera sido muy sospechoso que un hombre inculto como él lo adquiriera y porque no sabía cómo justificar la compra ante

su querida esposa, que lo acompañaba y que no sabía nada de su historia, pero decidió que haría más averiguaciones y que aquello era una señal divina.

Una noche, tras despertarse otra vez con el mismo sueño en la cabeza, decidió que ya no iba a esperar más. Tomó su burro, agua y un poco de víveres y le dijo a su mujer que marchaba a la ciudad para resolver un asunto del ganado. A su esposa le sorprendió porque él nunca iba a Granada (ni siquiera recordaba la última vez que estuvo allí) pero siempre le había demostrado que era un buen hombre y no tenía por qué desconfiar de su palabra.

Así que el campesino cogió su bestia al amanecer y marchó para la ciudad, lleno tanto de ilusión como de miedo a salir desencantado con la aventura. Llegó ya de madrugada a la pequeña capital que a aquellas horas estaba completamente vacía. Subió aquella empinada cuesta que recordaba vagamente desembocaba en La Alhambra (fue una vez con su padre cuando era un niño) y al final del trayecto divisó, a su izquierda, el ansiado arco. Era el Arco de La Justicia, aunque él no supiera su nombre. Había visto aquella imagen muchas veces en su sueño, tan claramente que podía distinguir a la perfección en la oscuridad la imagen de la mano en el gran arco de la fachada. Estaba todo igual que en su insistente sueño, así que sabía perfectamente dónde empezar a cavar: en un jardín situado a una pequeña distancia enfrente del arco. Así que comenzó con la tarea. A aquellas intempestivas horas de la madrugada no había nadie por aquellos parajes, la luna lo iluminaba todo y pudo trabajar tranquilo al abrigo de los árboles. Después de un tiempo, que a él se le hizo interminable, su pala chocó con algo. Temeroso empezó a excavar más rápido hasta que encontró, como había visto en sus sueños, una bolsa hecha de pellejo de animal y llena de incontables monedas de oro. ¡Después

de todo no había sido tan iluso! El tesoro existía y estaba predestinado a ser suyo. Era su sueño y había luchado por él. ¡Lo había conseguido!

Así que cogió el pellejo, lo subió a las alforjas de su burro, tapó el agujero de la tierra para que nadie sospechara e inició sudoroso y satisfecho el camino de vuelta a casa. Mientras regresaba pensaba qué haría con tanto dinero. Sería muy sospechoso que un pobre campesino se hiciera rico de repente. La gente del pueblo hablaría como siempre más de la cuenta. Podían sospechar que había cometido algún delito y meterse en problemas, por lo que decidió no contárselo a nadie, ni siquiera a su amada esposa, esconder las monedas y vivir normalmente como hasta ahora había hecho pero sin pasar necesidades.

Cuando llegó a su hogar buscó el lugar más apropiado para guardar su tesoro. Estaba muy cansado pero también nervioso y no hacía más que dar vueltas pensando cuál sería el sitio idóneo. Hasta que al pasar por delante de la despensa vio varias orzas de barro. Aquellas viejas vasijas, que utilizaban para guardar en aceite los alimentos, podían ser el escondite ideal. Entonces cogió una vacía, metió en ella todas las monedas de oro y la colocó en un lugar más alejado, en donde no llamara la atención y se dificultara su uso. Y, cuando la orza quedó perfectamente disimulada, respiró satisfecho y tranquilo.

Pasaron muchos años y sobrevinieron diferentes acontecimientos. La familia vivió una guerra civil, múltiples vicisitudes, malas cosechas, enfermedades, etc. Pero en aquella casa nunca faltó lo necesario. Cuando la mujer le preguntaba a su marido cómo, a pesar de todas las dificultades económicas que se vivían alrededor, él siempre tenía dinero para sustentarlos dignamente, aquel inculto pero afortunado campesino respondía siempre lo mismo: “Tengo una orza preñá”. Y no daba más explicaciones.

Mi madre contaba que un descendiente de este hombre no fue tan inteligente como él y desperdició todo el dinero jugándoselo en peleas de gallos. Pero esa ya es otra historia.

MORALEJA: En mi casa, a la caja donde guardamos el dinero y los escasos objetos de valor que tenemos, la llamamos “la orza preñá”. Persigue siempre tus sueños, por absurdos que parezcan. Puedes salir recompensado.

CAPÍTULO 7. LA VIRGEN DE LA TÓMBOLA

En el pequeño pueblo eran las fiestas. No tenían una feria como ahora nos imaginamos. No había columpios modernos, ni zona de casetas, ni música estridente, ni luces deslumbrantes. Pero, curiosamente, ha habido algo que siempre ha existido en todas las ferias: una tómbola.

Aquel padre y su hijo disfrutaban mucho todos los años de la feria de su pueblo. Aunque el hombre sabía que era mediocre y pueblerina veía como se le iluminaban los ojos al chaval subiéndose a los caballitos o al tiovivo de madera y comiéndose una manzana de caramelo. Era una buena ocasión para estar juntos y dedicarse un poco de tiempo.

Pero si algo les gustaba y les emocionaba a los dos sobremanera era la tómbola. Aquel lugar en el que, por comprar simplemente una papeleta, te podía tocar cualquier tipo de objeto, muy diferentes a los que en la actualidad se sortean en las tómbolas. No existían peluches, ni emoticonos ni nada por el estilo. Aquello parecía más bien un mercadillo de segunda mano en el que, por un poco de dinero y mucha suerte al comprar tu papeleta, te podías hacer con los artículos más variopintos: desde cuadros a vajillas, ropa de cama, vestidos,

trajes, sombreros, aperos del campo, libros, sellos, monedas, cacharros de cocina y de decoración, muebles, juguetes y mil y una cosas más. En total un sin fin de diferentes objetos que se acumulaban con su correspondiente número en espera de ser rescatados por algún afortunado (o desafortunado dependiendo del caso) al que le tocara en la papeleta.

Y allí estaba ella. Aquella preciosa imagen. En el suelo, arramblada en un rincón, llena de polvo y con su correspondiente número escrito y casi borrado en un pequeño cartoncito. Era la figura de una Virgen. Una imagen religiosa maravillosa, una Virgen de tamaño mediano, casi de iglesia, perfecta y delicadamente tallada en madera, policromada, con una túnica verde y una cara preciosa. El padre sintió desde el primer momento algo especial por aquella imagen. Notó la profundidad de sus ojos y la serenidad de su semblante y le provocó mucha tristeza que estuviera allí abandonada, que una figura artesanal con aquella belleza tan fina hubiera sido olvidada así. Sintió de repente como si tuviera que rescatarla de aquel lugar en el que no se merecía estar y llevársela consigo. E imaginó que la Virgen también se quería ir con él.

Casualmente su hijo se fijó en ella: “Mira papá, qué niña más guapa. Quiero jugar con ella”. “No es una niña, es una Virgen”, le respondió el padre. Realmente la imagen era casi tan grande como el pequeño, que no tendría más de cuatro años. “Pues yo la quiero”. Así que aquel hombre, enamorado de la Virgen al igual que su hijo, gastó todo el dinero que llevaba en comprar papeletas de la tómbola mientras rezaba para que le tocara la increíble imagen. Al principio empezaron a tocarles múltiples cachivaches a los que ninguno de los dos hacían el más mínimo caso. Estaban ya un poco desesperados porque les quedaban pocas papeletas. Hasta que sucedió. Nunca lo olvidarían: el

número 22. Era el número de la Virgen. Ni siquiera el dueño de la tómbola recordaba el objeto al que pertenecía este número. Tardó un rato en localizar la imagen hasta que dio con ella olvidada en el rincón. “Lleva tantos años sin que le toque a nadie que ya ni siquiera me acordaba de ella”, comentó en voz alta. Y se la entregó al hombre. El chiquillo empezó a chillar de felicidad y su padre cogió la imagen en brazos como si realmente fuera una niña.

Mientras se alejaban, le dijo al chaval con una sonrisa: “Hijo mío, esta Virgen algún día será tuya. Cuídala mucho y valorará. Estaba predestinada para nosotros, nos ha elegido. Ella siempre nos protegerá y pasará de generación en generación en nuestra familia”. Y volvieron tan contentos a su hogar, en el que colocaron a la Virgen en un lugar principal y prometieron no separarse nunca de ella.

Y así ha sido siempre en mi familia. Incluso durante la Guerra Civil mi madre contaba que mi abuela la envolvió con su mejor manta, la guardó en una caja de madera y la enterró en el patio de su casa para protegerla. Allí estuvo mucho tiempo. En un bombardeo una tapia del patio cayó sobre la zona donde estaba enterrada la Virgen y mi abuela creyó con tristeza que la había perdido para siempre. Pero no fue así. Cuando acabó la Guerra quitó los escombros, desenterró la caja y allí estaba la imagen intacta.

Desde entonces siempre ha estado con nosotros, mirándonos y protegiéndonos, con su espiga de trigo en las manos (no sé quien de los nuestros se la colocó pero la llevo viendo desde niña) y ayudándonos a tener todo lo necesario.

MORALEJA: Cuando visites las tómbolas o los sitios de venta de segunda mano, valora las cosas bellas, aunque estén olvidadas y sucias en un rincón.